

Empero, el genio militar no bastó al político, porque la ciencia exquisita de gobernar a los hombres requiere consumada experiencia, muy esmerada preparación y un concurso de elementos que *ad libitum* no se pueden formar.

Iturbide creía, como todos los candorosos políticos de su época, que un imperio puede formarse *a priori*: que un Congreso en América, cuando la experiencia y la ciencia, la de los desengaños más que otra alguna, no han confirmado a los diputados en el juicio y en la sensatez, puede ser un elemento de gobierno y de orden, cuando, si sus facultades no son muy restrictas, ni su pruriosidad muy grande, es foco constante e inextinguible de todo linaje de discordias. La caja de Pandora y un Congreso novel, jacobino y apasionado, son todo uno.

Sin embargo, no ha habido gobernante que más haya respetado a su Congreso y, en ese sentido, gobernante más democrata que Iturbide, de manera que el señor Bulnes ha dicho con razón que Iturbide «lo fué muy grande o al menos un César que no tiranizó al pueblo». «Al hombre le sobraba valor personal para imitar a Cromwell y a Napoleón I, pero le faltaba valor intelectual para entender que no tenía delante de su legítima soberanía de revolucionario victorioso más que una miserable «colla de gusanos», dice el señor Bulnes, refiriéndose al Congreso tan turbulento, quisquilloso, insolente, intrigante y conspirador.

Llegó el héroe a disolverlo, pero con cuánta razón dice el señor Bulnes, y al mismo tiempo digo yo, con cuánta clemencia y con cuánta generosidad.

«Debemos decir, escribe don Lorenzo Zavala, gran enemigo de la monarquía, que Iturbide jamás desmintió por ningún acto de crueldad la protesta que había hecho de respetar la sangre de sus conciudadanos. Aún tenía tropas y opinión. Sus enemigos temblaban en presencia suya».

Muy honrosa es, pues, la conducta de la juventud estudiosa de México cuando acomete la justiciera empresa de reivindicar a Iturbide. Continúe sin desmayar en ese camino de gloria, convencida de que el guerrero es el primero de nuestros soldados; el emperador, el más legítimo de nuestros gobernantes, porque la unanimidad nacional lo consagró; el monarca, el más democrata de cuantos se hayan llamado gobernantes de México, porque tuvo por norma el respeto a la ley; el administrador, hombre de tanta probidad, que al ir a comer el pan amargo del destierro, comía también el pan negro de la pobreza; el caudillo tan generoso, que sacrificó la corona de un imperio, los laureles de Iguala, la espada invicta de épicas victorias, en aras de la paz nacional, en odio al derramamiento de la sangre de hermanos.

FRANCISCO ELGUERO.